

ra socorro: el Capitan tambien vió los estragos que estaban haciendo, y no pudiendo remediarlo por el rio, se previno por si quisiesen ir á insultarlo: hizo una especie de trinchera y preparó su gente y las armas, y á la mañana del día diez y ocho le embistió tumultuariamente multitud de Yumas: fueron recibidos de los Soldados montados con la descarga de las escopetas, que hicieron todo su efecto matando á muchos; pero como era la chusma muy grande, al disparo se arrojaron sobre los caballos, y á palos los imposibilitaban, y cayendo el ginete se echaban sobre él, y así les quitaron la vida á algunos, por lo que se juntaron en la trinchera los otros; pero era de poca resistencia, y no los abrigó, y aunque hicieron una vigorosa defensa con mucha pérdida de los Yumas, oprimidos de la multitud perdieron todas las vidas. Así acabó este Capitan que hacia formal desprecio de los Indios, y cuya temeraria confianza le puso en sus manos; pues si hubiera tenido correspondiente escolta, les hubiera castigado su osadía; y su lastimosa desgracia, es prueba evidente que no sucedieran las de los dos Pueblos, si se hubieran dado las providencias que expusieron los experimentados.

Acabada esta sangrienta refriega, que duró hasta el medio día, repasaron los Indios el rio para ir á completar la que dexaron comenzada: como á las tres de la tarde los vió caminar para el Pueblo el Padre Barreneche, y les gritó á todos, cada uno vea como puede escapar, pues de qualquiera manera estamos expuestos á morir en manos de los enemigos. Los Padres se salieron de la Iglesia, y la gente iba en su seguimiento: llegaron á una laguna larga, pero an-

gosta, y viéndolos un Español que estaba á la otra banda, comenzó á dar voces pidiendo confesion, porque estaba muy mal herido: el Padre Barreneche se tiró luego á la agua, y se vió en gran peligro, porque estaba hondo aquel estrecho, y para libertar la vida le fue preciso soltar un Santo Christo y el Breviario que llevaba en las manos, y asirse de una débil rama para salir á confesar al herido. El Padre Garzéz se despojó del manto y del hábito, que hizo pedazos, y repartió á la gente que iba desnuda, y quedándose con una túnica, pasó la laguna: juntos los dos Padres fueron á dar á la casa de una India que siempre habia manifestado amor á los Misioneros, á la qual los conduxo su marido, y aquí se mantuvieron el día diez y nueve.

Los Indios enemigos llegaron la dicha tarde al Pueblo, y lo hallaron desamparado de todos; á su salvo robaron, destruyeron y quemaron quanto habia, y segun despues se dixo, quando solicitaban saber á donde se habian ido los Padres, hubo muchos que dixeran que los Padres no se habian de matar, que tenian buen corazón, y así no hicieron diligencia de seguirlos. Tambien se dixo, que al otro día del alzamiento, recobrado Palma del sobresalto, y viendo á los Indios ya algo sosegados, les dixo: que buscaran á los Padres, y que si estaban vivos se los llevasen, que lo que los Padres decian era bueno, y que ellos no hacian mal á nadie. Esto mismo declararon los cautivos rescatados, y que los que fueron enviados á buscarlos, llevaron orden de no hacerles mal alguno; pero fue la desgracia que entre ellos iba un Nifora de aquella casta que el Padre Garzéz dixo en su Diario. están tan misera

bles y pobres que baxan los Padres á sus hijos hasta los Yumas, para venderse los por caballos, y de esta infame condicion era éste, pues desde muy chico se crió en el Presidio del Altar en casa del Capitan Urrea, y por ser ladino, lo habia llevado el Padre Garzéz para Intérprete; pero luego que se declaró la rebelion se desertó, y fue al partido de los rebeldes. Llegaron los enviados de Palma á la casa de los piadosos Indios, en que los Padres estaban acogidos, y al punto que los vieron, levantó aquel vil esclavo é infame apóstata el grito diciendo: Si estos quedan vivos se perdió todo, porque estos son los peores; al primer acto que produjo este perverso influxo, descargaron aquellos bárbaros cruelísimos palos sobre los Padres, de que quedaron muertos, sin poderlo impedir los piadosos huéspedes que los tenian alojados: llenos de dolor y pena recogieron los cuerpos, y manifestando su humanidad hasta despues de muertos, hicieron una sepultura en aquel arrenal, y juntos los dos cadáveres los enterraron, y con particular piedad pusieron una Cruz sobre ellos, que sirvió de señal para que fueran hallados, concurriendo tambien la Providencia con extraordinario modo á manifestar quan gratos le habian sido aquellos piadosos officios, con otras

señales que fueron admiradas de los Soldados, y de que se hará reflexion á su tiempo.

Poco tardó en llegar la noticia de tan sangrientas tragedias á los Pimas del rio Gila, y de éstos á los Papagos, que la dieron en el Presidio del Tuizon, y aunque dudaron muchos de su verdad, otros mas reflexivos la tuvieron desde luego por cierta; pues atentas las circunstancias de unas fundaciones tan nuevas y nunca vistas, las esperaban como necesarias. Pasados algunos días, uno de los cautivos se aprovechó del descuido de los Indios, y cogiendo un caballo pasó el rio muy abaxo de los Yumas, y salió al Presidio del Altar, y dió razon individual de todo: El Capitan le aseguró como preso, y dió cuenta al Comandante General, y mandó que se despachase otro Soldado á saber lo cierto: llegó el miserable al rio Colorado, y visto por los Indios le quitaron la vida; pero repitiéndose cada día la misma noticia, dispuso el Comandante General que pasaran al rio Colorado el Capitan de Miqueletes Don Pedro Fages con su Compañia, y Don Pedro Tueros Capitan del Presidio del Altar con la suya, dándoles orden de que llevasen vayeta, abalorio y demas cosas de rescate para traer los cautivos, y que despues de rescatados castigasen al enemigo.

CAPÍTULO X.

Envia el Comandante General Soldados al rio Colorado, y por petición del Padre Presidente se traen los cuerpos de los quatro Misioneros, y la informacion jurídica que se hizo de algunas cosas extraordinarias.

QUANDO los Capitanes disponian lo necesario para su marcha el mes de Septiembre, llegó al Presidio del Altar un Soldado que habia quedado cautivo en el rio Colorado, enviado del Indio Palma con una Carta en que pedia perdon de todo lo executado, y dixo que la habia escrito un Don Matias, Español que tenian cautivo; pero haciendo de ella el aprecio que merecia, se resolvió seguir la jornada, y que las armas dieran la respuesta que pedia su perfidia. Luego que el Padre Presidente supo de este viage, pensó satisfacer con sus oficios á la obligacion de solicitarles á sus difuntos Hermanos la honra de que tuvieran sepultura eclesiástica sus huesos, y para lograr la ocasion suplicó por un Memorial al Comandante General, que encomendase al de la expedicion que se recogiesen los cuerpos de los Religiosos difuntos, y se traxesen con los libros ó Vasos sagrados que pudieran hallarse, y si fuese dable se entregasen en la Mision de Tubutama: á todo condescendió el Señor Comandante, y despachó sus órdenes al Comandante de la tropa, aunque no llegaron á tiempo, porque ya iban marchando con el segundo Comandante cien Soldados, y muchos Pimas, Papagos y otros Indios amigos.

Llegaron al rio Colorado, y

vadeado al Puerto de la Concepcion y primer Pueblo, no habiendo visto en todo aquello ni un solo Indio, y hallándolo todo reducido á cenizas, sepultaron los difuntos que encontraron, y no sabiendo, ni pudiendo averiguar á donde estaban los Yumas, tomaron la vuelta para Sonora. Ya habian caminado hasta Sonoytac, y aquí recibió el Capitan Comandante Don Pedro Fages los órdenes del Comandante General para que se recogiesen y traxesen los cuerpos de los Religiosos difuntos; y como no podia asegurar que hubiese hecho diligencia positiva para buscarlos, determinó que toda la expedicion revolviere al Colorado para ese efecto: no le faltó contradiccion, proponiéndole varios inconvenientes; pero teniendo él por mayor el no obedecer, hizo que se aprontara la marcha, y llegando al rio lo volvió á hallar despoblado, y pasando dió providencias para que se buscasen los cuerpos.

Pasaron al Pueblo de San Pedro y San Pablo del Bicuñer el dia siete de Diciembre, y hallaron los cuerpos del P. Fr. Juan Diaz y del P. Fr. Matias Moreno. El del Padre Diaz estaba armado en las coyunturas con todos los huesos enteros, y casi incorrupta la cabeza, en que se veía el cerquillo ó corona con todo su cabello, las uñas pegadas á la carne, con otras señales que no parecia

cadaver de cinco meses. El del Padre Moreno se halló sin cabeza, y aunque descoyuntados los huesos, se hallaron todos juntos con varios pedazos del hábito y de la cuerda, y una Cruz del Santo Christo que siempre llevaba al pecho.

En el Pueblo de la Concepcion no podian hallar los cuerpos del P. Fr. Francisco Garzés, y del P. Fr. Juan Barreneche; por lo que algunos se persuadieron á que no los habrian matado, pues todos sabian lo mucho que todas aquellas Naciones amaban al Padre Garzés, y que habiendo visitado hasta las mas bravas, nunca le hicieron ni el mas leve daño, y así creian que los tendrian consigo los Indios; pero explorando los Soldados aquellos campos para recoger los muertos que habia, en ellos tirados, repararon en un tramo de tierra que estaba muy verde y florida, y acercándose á ella vieron la Cruz que los piadosos Indios habian puesto en la sepultura de los Padres. Avisaron de ello al Capitan Don Pedro Tueros, y en su presencia mandó excavar el sitio, que estaba rodeado de mucha manzanilla muy olorosa, y entre el sacate verde en solo aquel parage muchas flores, asegurando los Soldados que no las habian visto por todas aquellas inmediaciones, y en él se hallaron los dos cuerpos juntos, cubiertos con sus paños menores, y ceñidos de cilicios, y todavia casi incorruptos.

Mandó el Comandante que los quatro cuerpos se pusieran juntos en un caxon grande, y así fueron conducidos al Presidio del Altar; por lo que el Padre Presidente suplicó al Comandante General, que segun ya habia ordenado, se pasasen á la Mision de Tubutama, y así se hizo, y con la posible pompa y decencia se

les dió eclesiástica sepultura en la Iglesia de la dicha Mision, en el mismo caxon en que los condujeron, y en el lado de la Epistola de su Altar mayor. Habian venido en esta expedicion, como despues se dirá, muchos cautivos de los que tenian los Indios, y desde que llegaron á Sonora se oian varias cosas dignas de comprobarse para origen de la fama póstuma con que muchos veneraban las virtudes de los quatro Misioneros; y para que esta piadosa devocion se fundase en la verdad de los hechos, y no en las vanas voces del vulgo, se presentó por un escrito el P. Presidente de las Misiones ante el Capitan Comandante de la misma expedicion, suplicándole hiciese jurídica informacion, y examinase con juramento á los testigos que en calidad y número mejor le pareciese, arreglando sus declaraciones á un formal interrogatorio, y conforme á los artículos que en su Escrito puso expresos.

El primero sobre la conducta, zelo y fatigas que se les vieron poner para lograr la conversion de aquellos Gentiles, y el conato que pusieron para que los Soldados y demas Españoles cooperasen con su buena vida á este fin, y á la perseverancia de los Neófitos en su primitivo fervor. Si los Misioneros estaban libres de haber sido causa, aun remota, de la ruina de los Pueblos, y si trabajaron quanto les fue posible para impedir la desde que fue temida. El estado en que se hallaron los cuerpos, y si al exhumarlos se observaron algunas circunstancias que infundiesen devocion, y si sabian otras que persuadiesen ser su muerte santa delante del Señor. Admitió el Capitan el Escrito, y elegidos por él los testigos, formalizó la informacion, y segun ella

certifica segun estilo militar, que arreglado á las declaraciones hechas bajo de juramento, y á lo demas que ha podido adquirir de algunos cautivos y cautivas, responde al interrogatorio en la forma siguiente.

«Que con virtuoso proceder, «exemplar modestia y caridad, estaban los Padres dedicados á el santo «fin de atraer al conocimiento de la «verdadera Ley la numerosa Genti- «lidad de aquel establecimiento, sin «perdonar fatiga alguna, dirigiéndose «se por los montes á la solicitud de «todos, regalándoles quanto tenían, y «que jamás se vió en ellos otro interés que el fervoroso anhelo de recoger al rebaño de la Iglesia á los que «sin conocimiento de ella se pierden, «y procurando al mismo tiempo que «los Soldados y demas Españoles «cooperaran al mismo fin. Que en «nada fueron causantes del alboroto «y ruina de los Pueblos, ni aun temeramente, y que se persuadé que «no dexarian de cooperar con fervor «apostólico á impedirlo.» Satisface al hallazgo de los cuerpos en los términos que queda relacionado, y sigue diciendo: «Que segun informe «del Capitan de Caballería Don Pedro Tueros, que presencié la exhumacion de los cuerpos del Padre «Garzéz y del Padre Barreneche, ambos estaban casi frescos y enteros, «y que á orillas del sitio donde estaban sepultados habia nacido mucha manzanilla muy olorosa, con la «circunstancia de que los que asistieron con dicho Capitan aseguraron «que no habian visto en todas aquellas inmediaciones, y que segun declaran algunos cautivos y cautivas, «una India que los estimaba mucho «habia hecho la buena obra de enterrarlos, dexando por señal una

«Cruz pequeña de palo, por la que se «conoció el sitio: que los mismos dijeron, que quando el alevoso insulto de los Gentiles, el Padre Barreneche asistió á bien morir, confesando, y absolviendo, sin temor de que «le dieran á él la muerte, á todos los «que estaban heridos en el campo, y «que se les desaparecia de entre las «manos, sin que le pudieran hacer «daño, hasta que acabaron su enorme atentado los crueles enemigos. «Que en el Pueblo de San Pedro y «San Pablo del Bicuñer, se oyeron «cánticos suaves, y de noche les parecían que andaban como en Procesion al contorno de la Iglesia, en «cuyas inmediaciones se hallaban tiradas las venerables cenizas de los «RR. PP. Fr. Juan Diaz, y Fr. Joseph Matias Moreno, y que este ruido les causó temor á los Indios para «arrimarse á dicho Pueblo.»

La informacion original que en esta certificacion se compendia, se la confió el Capitan Don Pedro Fages, siendo Gobernador de aquella Provincia, al R. P. Fr. Francisco Palov, quien asegura en su Libro y relacion historica, que teniéndola en sus manos, y segun las declaraciones jurídicas que hicieron los Rescatadores, dice: que abona lo que en aquellas Misiones se habia practicado. Con este objeto trasladó toda la informacion del Colorado, y no añadiendo cosa nueva á lo que se ha dicho, solo se trasladará aquí lo que en obsequio de la verdad se compendió en la certificacion, para que los sucesos referidos se entiendan bien circunstanciados; pues en ellos mismos parece que la Providencia quiso manifestar la inocencia de la vida, y la aceptacion del sacrificio, que perdiéndola al rigor de los bárbaros, le hicieron sus

Apostólicos Misioneros.

«Repararon, dice en el Capítulo cincuenta y tres, los Soldados de la expedicion, que iban recogiendo los difuntos, en un tramo de tierra que estaba verde (entre la demas quemada) toda vestida de sacate verde y matizada de flores de varios colores, las unas conocidas, y las otras no; habia entre ellas la maravilla y otras. Mandó el Comandante cabar allí, y hallaron á los benditos Padres, cuyos venerables cuerpos estaban juntos, y ambos ceñidos con sus cilicios, los que se mantenian sin haberse consumido. Entre las cosas particulares que constan de las declaraciones, y en ellas se contienen y he leído, es una la siguiente, que no omito por mas particular: dice que «en el Bicuñer, después de haber sucedido el incendio de las Misiones, luego que entraba la noche, se veía una Procesion de gente vestida toda de blanco, con velas en las manos encendidas, y delante su Cruz con ciriales, y daban vueltas al rededor del recinto «en donde habia estado la Mision, «y que cantaban, no saben qué, y «que después de haber dado muchas vueltas desaparecian: y que esto lo vieron muchas noches, no solo los «Christianos, sino tambien los Gentiles, y que á estos les causó tal horror, é infundió tal temor, que desampararon sus tierras y se mudaron ocho leguas mas abaxo, tambien á la orilla del rio: que allí llevaron los cautivos Christianos, aunque á estos no «causó dicha vision ni horror ni temor, sino alegría. Esta mutacion fué «la causa de no haber hallado en el sitio á la Nacion Yuma: buscaron «los rio abaxo, y como ocho leguas del sitio los hallaron, pero metidos «en la espesura de un bosque ó mon-

«te de arboleda pegada al rio, sin «poder conseguir el sacarlos, ni poder tratar con ellos mas que fuera de tiro; pero consiguieron en buenas así de lejos, rescatar todos «los cautivos á trueque de ropas; y «viendo el Comandante que por entonces no podia hacer otra accion, «determinó volver para Sonora con todos los rescatados, y con los cuerpos de los difuntos.»

No ménos solicitó el Colegio de la Santa Cruz, zeloso del honor de sus hijos, y piadosa memoria de tan esclarecidos Campeones, que murieron en el actual exercicio de su Apostólico Instituto, y á manos de los ingratos bárbaros, que les debían indecibles beneficios, interpuso con el Señor Comandante General Caballero de Croix un humilde Oficio, suplicándole mandase hacer pública y jurídica informacion sobre el proceder de los quatro Misioneros difuntos, y de demas circunstancias ocurrentes, que pudieran acreditar haber sido heroica su constancia en anunciar hasta su muerte las verdades del Evangelio. Condescendió el generoso Caballero á la súplica, y se hizo la informacion jurídica con los testigos de vista que habian presenciado las desgracias; y aunque sus declaraciones no se han podido conseguir para sacar con extensión todas sus circunstancias, pero siguiendo su militar estilo, envió el Caballero una certificacion de lo que habian producido, en estos propios términos.

«Las declaraciones que se les recibieron á los cautivos luego que se consiguió rescatarlos, manifiestan «que por parte de los RR. PP. no se «dió motivo para que los Yumas se levantasen, ántes consta que se portaban con la mayor dulzura en su «ministerio. No tengo motivo para

«dudar la certeza de lo referido. Si
«de la nueva expedición que está pa-
«ra marchar al río Colorado resulta-
«re ó se averiguare algo relativo á
«este punto, lo trasladaré á V. P. R.
«á quien afirmo que los quatro re-
«feridos RR. PP. de ese santo Co-
«legio, muertos á manos de aquellos
«pérfidos Indios, tuvieron siempre
«en esta Provincia el mejor crédito
«y opinion de virtud, santidad, fer-
«voroso apostólico espíritu, aplica-
«cion y zelo á su ministerio, acom-
«pañado todo de los mas ardientes
«deseos de propagar en la Gentili-
«dad la Doctrina del sagrado Evan-
«glio, que es quanto puedo decir á
«V. P. R. en respuesta de su Oficio.»

«Deseaba mucho el Comandan-
«te General que se cogiesen las cabe-
«cillas del alzamiento, que ya se sa-
«bia de cierto quienes eran, y mandó
«aprontar la expedición nueva que
«cita, dando órden al Teniente Coro-
«nel Fages, que iba de Comandante,
«que en llegando al río Colorado, de-
«xase la Tropa al mando del segundo,
«y pasase con órden de que el Gober-
«nador de Monterey con toda la Tropa
«que le fuese posible, concurriese
«en persona á la expedición, para que
«repartidas ambas Tropas en las dos
«bandas del río Colorado, se lograse
«el deseado fin, y escarmentar la atre-
«vida y rebelde Nacion de los Yumas.
«Concurrieron el Gobernador y el Co-
«mandante en la Mision de San Ga-
«briel, y tratando el asunto acordaron
«dilatara la campaña del río Colorado
«hasta Septiembre del año de ochenta
«y tres, porque en el tiempo en que
«estaban, estaba el río muy crecido, y
«sería necesario aguardar que estuvie-
«se en disposicion de vadearse.»

«Llegó el señalado tiempo, y por
«Septiembre se executó la expe-

dición; pero no se consiguió, ni el
coger los cabecillas, ni el pacificar la
Nacion, y habiendo matado ciento
y ocho Indios, cogido prisioneros
ochenta y cinco de ambos sexos, li-
bertado diez Christianos que tenian
cautivos, y quitado á los Indios mil
y quarenta y ocho caballos, espera-
ban los Gefes que se facilitasen las
pazes, lo que no se verificó ni entón-
ces ni de pues; y quedando mas en-
sangrentados enemigos, quedaron sin
esperanza de repoblarse los Pueblos,
de reducirse los Indios, y perdidos
todos los gastos hechos para la co-
municacion de la Sonora con los
establecimientos de Monterey por
aquel río.

Con estos fatales sucesos pu-
dieron quedar desengañados el Señor
Comandante General, y el Goberna-
dor de aquella Provincia, de que el
nuevo método que habian ideado para
la reduccion de los Indios, no era
apropósito para conseguirla, y quan-
to mas se apartaran del antiguo, que
habian adquirido los Venerables pri-
mitivos Misioneros á costa de su san-
gre, sudores, trabajos y fatigas, mas
distantes se ponian de pacificar la
tierra, subyugar á los enemigos, con-
vertir á los Gentiles, ni establecer
Conversiones: pues aunque los
Misioneros siempre piden el auxi-
lio de las armas, estas han de ser
las que puedan infundirles respeto;
porque mil veces se ha visto lo que
en el Colorado, que quando los Infie-
les son prevalentes á los Militares,
por qualquier motivo les pierden el
respeto, y hacen tan lamentables es-
tragos, porque no son capaces de
contenerlos las exhortaciones de sus
Ministros, y mas si los ven despré-
ciados.

CAPÍTULO XI.

Frutos con que el Señor decoró el ministerio apostólico en la muerte de los Misioneros.

MÁXIMA canonizada por la
eterna Sabiduría es el que
no puede el árbol bueno dar
frutos malos, ni el árbol malo dar fru-
tos buenos, y de tan naturales prin-
cipios es natural consecuencia el que
por los frutos se conozcan la bondad
ó la malicia de los árboles, y que de
esta comparacion natural enseñara
el divino Maestro á inferir la que no
es ménos necesaria en lo moral, por-
que siendo los frutos que los árboles
racionales producen las obras, por
ellas se deben conocer la bondad ó
la malicia de sus intenciones: y como
el principio de la Doctrina y palabras
de Christo, es la verdad, que eterna-
mente hace ver los juicios de su Jus-
ticia, quiso exáltado en la Cruz, que
su sangre y su muerte fuesen los fru-
tos que manifestaran la infinita Bon-
dad de sus obras, y la inefable de la
Redencion del hombre. Estas deben
ser las seguras reglas, é invariables
leyes por donde se deben conocer los
hombres, y juzgar de la bondad ó
malicia de sus obras; y por eso es
preciso confesar, que los que como sar-
mientos de esa vid divina, han dado
el fruto de su sangre y de su vida en
la cruz del ministerio apostólico para
convertir á la Fe á los Infeles, ó
reducir á penitencia á los pecadores,
que es la nueva redencion que obra
la predicacion evangélica, no pueden
ser árboles malos, y por sus frutos se
deben conocer y juzgar sus obras
como de árboles buenos, pues por
ellas dieron su sangre y sus vidas por

el bien y salvacion de las almas.

Ya en el discurso de esta his-
toria se han visto en catorce años,
que los Misioneros del Colegio de la
Santa Cruz de Querétaro habian ad-
ministrado las Misiones de Sonora,
sacrificadas seis víctimas sangrientas
en las aras de la caridad y del zelo,
derramando su sangre, y dando sus
vidas por la conversion de los apó-
statas, y reduccion de los Gentiles;
pero todavia es preciso examinar si
estos frutos fueron buenos en la pia
memoria de sus obras y de las vir-
tudes en que florecieron, como vás-
tagos de la vid sagrada, que en el
árbol de la Cruz consumó con su
muerte la grande obra de la Reden-
cion humana. El primero que de los
Hijos de la Cruz dió su vida por el
amor de aquellos bárbaros fue el P.
Fr. Juan Chrisóstomo Gil de Bernave.

Fue su Patria la Villa de Al-
jambra en el Reyno de Aragon, y
aunque no se ha podido conseguir
noticia individual de sus Padres, se
conoce por las buenas costumbres del
hijo, que serian frutos de su chris-
tiana educacion, y que ellas mismas
le induxeron á tomar el hábito de N.
S. P. San Francisco, y á observar su
Seráfica Regla con esmerado estudio.
El de la sagrada Teologia lo tuvo en
el Religiosísimo Convento de nuestra
Señora de Jesus de Zaragoza, y en él
dió pruebas de estar dotado del Señor
con el temor santo, que es el prin-
cipio de la verdadera sabiduría: por él
se hacia expectable en la modestia y

humildad de su trato, y en la puntual asistencia á todos los años de Comunidad, y del Coro, así de día como á los Maytines de media noche. Desde Corista tenia ya especial destreza en el canto llano, y en el figurado, á lo que le ayudaba una voz clara y corpulenta. No era esta la que llamaba la atención de los Prelados, para dexarla reducida al Coro; porque teniendo informe del aprovechamiento de sus estudios, no quisieron que sus talentos quedaran escondidos, y le instituyeron Predicador, para que exaltara la voz en los Púlpitos, y predicara á Christo Crucificado, en provecho de los próximos.

Para tan sagrado ministerio, parece que el Señor le había adornado de todas las prendas naturales y adquiridas; era de hermoso y varonil aspecto, voz canora y dulce, genio suave y vigoroso, persuasiva natural y eficaz, discreción oportuna é ingenua, por la que ayudadas éstas con las luces de la erudición sagrada, y de una moderación graciosa, proponía su doctrina con razones sólidas, y sin más interés que la gloria de Dios, y bien de las almas, y se atraía los corazones de sus oyentes, infundiendo en ellos el aborrecimiento de las culpas, y el séquito de las virtudes. Con tan bellas disposiciones se hallaba estimado en su santa Provincia, y en la edad florida de treinta y quatro años, en que se ocupaba ya en los fervores del Púlpito, ya en las tareas del Confesonario con aplicación provechosa; quando llegó el Comisario que coleccionaba Misioneros para el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, é informado de ser éste de Propaganda Fide en las Indias Occidentales, se enardeció en el zelo de promulgar el Evangelio y Fe de Jesuchristo en las

Naciones de los bárbaros Gentiles, y abandonando el amor de la Patria y Parientes, las lisongeras esperanzas de los ascensos que le podian facilitar las tareas del Púlpito, y las religiosas comodidades de su santa Provincia, pidió ser incorporado en el número de los Misioneros, lo que fue lisongear los deseos del Comisario, pues los que llevan tan oneroso encargo, no solicitan más que Ministros de honra y provecho, y así le dió gustoso la Patente para que pasase al Puerto.

Con ella se presentó á sus Prelados, pidiéndoles su bendición y licencia para comenzar tan dilatado camino: llegó á Madrid; y siendo esta Nobilísima Corte depósito de innumerables magníficos objetos, tanto sagrados como políticos, que atraen la curiosidad de los Extrangeros, y embelesan la especulación de los Literatos, quando el Padre Chrisóstomo se podia divertir en ver las grandezas y raridades de la Corte, quiso lograr mejor el tiempo en el recogimiento de unos espirituales ejercicios para probar su espíritu y ensayarse en el retiro, en la oracion y demas mortificaciones que son anexas al Ministerio apostólico á que se sentía llamado. Ratificado en sus propósitos prosiguió su camino á Cadix, y siendo este Emporio de las Naciones el encanto de la admiracion y del gusto, empleó el suyo en otros nuevos ejercicios, y considerando el fin á que habia ido á aquel Puerto, hizo de su populosa Ciudad un desierto, para prepararse para los grandes peligros y arduos trabajos, que si entonces solo podia considerarlos, ya la Providencia soberana se los tenia preparados. Grandes fueron los que tuvo que tolerar en la navegacion, siendo

en una Fragata de muy baxo bordo, en que eran continuas las escasezes é incomodidades; pero llegaron á lo sumo llegando á las costas de Campeche, en que combatido el barco de recios vientos, lo arrojaron á ellas barándolo cerca de tierra: todo era confusion y pena, hasta que pudieron los pasajeros tomar tierra: ella les libertó del naufragio; pero les puso en sus arenales llenos de trabajos y fatigas, que á muchos les quitaron las vidas, porque se encendió en ellos una fatal fiebre, que en poco tiempo les causaba la muerte, y en las tolerancias del calor del clima, de la hambre, de la sed y otras congojas, dió el Padre Chrisóstomo relevantes pruebas de la vocacion con que era llamado al ministerio apostólico, y olvidado de sí mismo, se entregó todo al cuidado espiritual y corporal de todos los enfermos, solicitando que se confesasen y dispusiesen como Christianos para morir, pues así lo veían en otros. Este peligro en que estaban los Religiosos le obligó al Comisario á conducirlos á Mérida, Capital de aquella Provincia, y donde solo podia dar algún refresco á sus Compañeros, y convaler los que iban enfermos; pero animándolos á que en el ejercicio del Instituto vieran que preciosos eran aquellos trabajos, pues con ellos se lograba el remedio de las almas redimidas con el tesoro infinito de la Sangre de Jesuchristo; y así anunció en la Ciudad mision, que prosiguieron haciendo los Misioneros, y en que el Padre Chrisóstomo manifestó su zelo en el Púlpito y Confesonario. En uno y otro hacia, no solo la eficacia de sus Sermones y consejos admirables efectos, sino que movía los corazones más obstinados su natural genio tierno y compa-

sivo, representando tan vivos los afectos de dolor de las culpas, y esperanza en la divina Misericordia, que con el Santo Christo en la mano se arrastraba las voluntades al oír las dulces aspiraciones, los intimos suspiros y humildes rendimientos del dolor y arrepentimiento de los pecados, y de la confianza con que pedía al Señor su divina gracia con muchas lágrimas, que hacian enternecer la dureza más obstinada, para buscar el remedio en el Sacramento de la Penitencia.

Acabada la Mision de Mérida se proporcionó embarcacion para Veracruz, á donde llegaron con felicidad los Misioneros, y de allí al Colegio. Luego que el Padre Chrisóstomo vió cumplidos los deseos que tantos trabajos le habian costado de verse en el Colegio de la Santa Cruz, fue inexplicable el gozo, que no podia disimular en el rostro, ni sabia ocultar su consuelo; porque publicaban su interior la exactitud con que asistía de día y de noche al Coro y demas actos de Comunidad, y la atención con que daba cumplimiento á los Estatutos del Instituto, aplicándose al ejercicio de la santa oracion, del silencio y demas observancias del Seminario. Era muy rendido á la obediencia, y por ella anduvo en varias Misiones de Fieles, en las que su zelo, su suavidad y amable estilo, grangearon muchos frutos en el Púlpito y Confesonario. Esta santa ocupacion fue siempre su cotidiana tarea, pues ningun dia que no se la impidiera la obediencia faltaba á ella. Quatro años llevaba de Colegio, quando el de sesenta y siete fue nombrado con otros catorce Misioneros para las Misiones de Sonora, y resignado en la obediencia fue con ellos al Pueblo de Tepic, para esperar la embar-

cación que los había de conducir al Puerto de Guaimas en aquella Provincia.

Mas de quatro meses tardó en habilitarse el viage, pero no perdió el tiempo ocioso, porque todo él lo empleó por aquellos contornos en el Púlpito y Confesionario, con mucho consuelo de aquellos pobres aldeanos, que muy pocas veces logran el tener Ministros que con caridad y zelo limpien sus almas de la lepra envejecida de sus culpas, y las saquen de las tieblas de sus errores é ignorancias con la explicación de los divinos Misterios y soberanos Preceptos, para participar dignamente de los Santos Sacramentos. A veinte de Enero del año de sesenta y ocho se embarcaron los Misioneros en el Puerto de San Blas, y luego empezaron á padecer tan contrarios y tormentosos vientos, que todos temieron su último naufragio, y despues de muchos días, sustos, peligros y trabajos, arribaron al Puerto de Masatlan, y en él fue preciso que el Padre Chrisóstomo con otros tres Compañeros se desembarcaran para ir por tierra, pues eran tan graves las incomodidades de su salud, que se podia temer perdiere en el mar la vida: pero está que pareció humana prudencia, fue tambien Providencia divina, porque estando la Provincia desamparada de Ministros, estaba afligida de una mortal epidemia, y parece los enviaba á ella el Señor para el socorro de muchas almas. Con esta consideracion se dedicó á él el Padre Chrisóstomo, y anduvo incansable discurriendo de unos á otros Pueblos, administrando los Santos Sacramentos, sin poder hacer pie en uno para tomar algun descanso, porque en todos había que confesar, y olear enfermos, auxiliar moribundos,

enterrar difuntos, y consolar afligidos. De esta suerte caminaron el largo tiempo que las embarcaciones tardaron en dar fondo en el Puerto de Guaimas, de donde pasó el Presidente, juntos ya todos los Misioneros, al Presidio de S. Miguel de Horcasitas, y con acuerdo del Gobernador, se distribuyeron segun las instrucciones del Señor Virrey, asignando á cada uno la Mision en que había de administrar, y mandando á los Comisarios que las cuidaban, entregaran á los Padres la Iglesia, Sacristia y un quarto de la casa, con un pobre servicio de mesa, y el preciso sustento de su persona.

En esta conformidad fue asignado el P. Fr. Juan Chrisóstomo á la Mision de los Santos Angeles de Guevabi en la Pimeria alta. Esta Mision tenia tambien á su cargo otros tres Pueblos ó Visitas, el de Calabazas distante dos leguas, el de Sonoytac seis, y el de Tumacocori siete. Tenia tambien de ruego y encargo la administracion del Presidio de Tubagá. Insoportable parecia para un nuevo Misionero tan gravosa carga, y mas la de administrar á unos Indios cuyo idioma ignoraba; pero ocurriendo el Padre Chrisóstomo al Propiciatorio divino, en fervorosa y continua oracion, le pedia al Señor aquellas luces, que comunicó á sus Discípulos quando les envió á predicar por el mundo, y poniendo de su parte los debidos medios para satisfacer su ministerio, buscó y pagó un buen Intérprete, y con él giraba como astro del Cielo, de un Pueblo á otro, ilustrando á los Indios con tan eficaz catequismo, que personalmente los enseñaba, y rezaba con ellos la Doctrina en lengua Española, sin fiar esta diligencia de otro alguno; y era tan inseparable de su

compañia el Intérprete, que no obstante la cautela con que el Padre se portaba en sus mortificaciones, pudo publicar despues de su muerte que el Padre era un Santo, y que hacia disciplinas, y llevaba en su cuerpo silicios.

Estaban aquellos infelices Neófitos imbuidos en la ninguna sujecion que habían de tener á sus Ministros, y en la irracional libertad con que habían de vivir á su arbitrio: tenían olvidadas todas las especies que les enseñaron para bautizarlos, y había pasado tiempo sin saber lo que era Doctrina, ni asistencia á la Iglesia. Estaba la Mision arruinada por las hostilidades de los Apaches, y con su nombre de domésticos enemigos que destruían los bienes, y hacian lastimosas muertes en sus habitadores; pero nada de todo esto, ni el torrente de tantos impedimentos, podian extinguir el vivo fuego de la caridad con que el Padre amaba á aquellos Indios, y como esta es en sí tan officiosa, hacia que su zelo pareciera cariño, sus desvelos cuidado, su eficacia fineza, sus reprehensiones avisos, y lograba tener á los Indios confiados de que les amaba y solicitaba su bien, y así moderaba sus desórdenes, y los traía á la Doctrina, y á una sujecion voluntaria.

El Presidio estaba hecho un eriazó lleno de malezas y espinas, careciendo del riego de la Doctrina

na, y por eso tuvo su zeloso espíritu el desahogo de predicar las verdades del santo Evangelio á aquellos incultos Christianos; lo que fue haciendo con tan suave y eficaz modo, que logró arrancar de raiz envejecidos vicios, hacer amables las virtudes, y asentar para su ejercicio la frecuencia de los Santos Sacramentos, y de otros espirituales ejercicios, que quedaron tan radicados en aquellos Vecinos, que siempre tenían presente al Padre que se los impuso, y por eso no se olvidaron de su memoria, y despues de muerto le llamaban Santo, no sin lágrimas que se veían en muchos. No podia resultar de tan laborioso y continuo trabajo, del immoderado alimento, siempre frugal y poco, del perpetuo pervigilio, y de sus penales mortificaciones, sino una debilidad morbosa, que viciada tambien del ingrato clima, produjo una especie de perlesia, con lesion de las acciones animales, y movimientos clónicos y depravados de los nervios, que le pusieron gafo de pies y manos, sin poder valerse de ellas en manera alguna: de suerte, que cargado le sacaron á la Provincia de Sonora, para que usase los baños de aguas termales que hay en Acoretí, y con solo ellas recobró la salud perfectamente, y quedó apto para el ministerio, que volvió á exercitar en su Mision de Guevabi.

CAPITULO XII.

Hace el Colegio, Presidente de las Misiones al P. Fr. Juan Chrisóstomo. Funda la del Carrizal, y en ella le matan á pedradas.

SI todas las criaturas del Universo mundo pudieran hablar, publicarían altamente lo bien que se hallan observando las leyes de la divina é incomprehensible Providencia, pues de aquí procede toda su perfeccion y su hermosura. En esa observacion misma procuraba el Padre Chrisóstomo que todas sus operaciones dependieran solo de la soberana Providencia, que entendia significada en los órdenes de la obediencia, y en las leyes de sus Prelados. Muy ageno estaba él de serlo, quando renunciando el P. Fr. Mariano Buena la Presidencia, le nombró sucesor suyo el R. y V. Discretorio, con cuyo impulso se trasladó á la Mision de Ures, para recibir la carga y papeles del gobierno, quedando con este peso su humildad acrisolada, y perfecta su obediencia, que hacen toda la perfeccion y hermosura de la alma religiosa.

Luego que el Padre Chrisóstomo entró en el gobierno de las Misiones, obligado de las instancias del Gobernador de la Provincia, se resolvió á ponerles Ministro á los Seris, que habian baxado de los cerros y estaban congregados en el Pitic, lo que hizo por especial encargo del R. P. Guardian, pues le habia comunicado el Señor Virrey la queixa del Gobernador, de que el Presidente no les queria poner Ministro, de lo que tuvo algun sonrojo el Colegio. Pero era el Padre Buena, igualmente zeloso y experimentado, ni dió lugar á

ninguna justificada queixa, respondiéndole al Gobernador, que estaba pronto á ir él, ó poner otro de Ministro de la nueva Mision, en el punto que se dieran las debidas providencias; pues ni el Misionero pudiera subsistir sin sínodo, ni él debía ponerlo sin escolta, y expuesto á la barbaridad de unos Indios apóstatas y rebeldes, quando tenia fuertes razones para dudar de su vocacion al Cristianismo, y evidentes pruebas de la falsa paz y sujecion á nuestro Soberano.

El Gobernador decia, que no tenia facultad para dar las providencias, y tardando las que se esperaban de México, se vió el Padre Chrisóstomo obligado á mendigar cera, vino y algun socorro para la manutencion del Ministro, y llevando consigo al P. Fr. Matias Gallo, pasó al Pitic. Halláronse allí sin casa en que hospedarse, por estar ausente el Comisario Real que racionaba á los Indios; con todo tomó posesion á nombre del Colegio el dia diez y siete de Noviembre del año de setenta y dos, y dexó por Ministro de ella al Padre Gallo, volviéndose á Ures á dar otros expedientes de su gobierno. El mas curioso fue, que no quedando con la dicha nueva Mision baxo de Doctrina toda la Nacion de los Seris, pues una parte considerable de ellos vivia en la Isla del Tiburon, éstos pedian tambien, y con instancia, que se les diera Padre como á los del Pitic: y

aunque se les decia que se agregasen á la nueva Mision, no se pudo conseguir, y recurrieron al Gobernador pidiendo les pusiese Ministro.

Mayores dificultades tenia ésta que la antecedente fundacion: pues en la Isla era imposible, por no tener agua, tierras, ni alguna de las proporciones para la ereccion de Pueblo; en la costa inmediata, despues de registrada toda, no se halló mas que un corto aguage en un carrizal, y en él querian se les pusiese Pueblo, y decian que desampararian la Isla y allí se congregarian; pero era menester ser tan inadvertidos como ellos para creerles sus promesas; ni aunque las verificaran, podria evitarse la suma incomodidad del sitio, la poca agua, con escasa leña, y ninguna madera. Todavia en vista de todo era de considerar que no se debía perder la ocasion de juntar estos Indios, pues importaba mucho á la Provincia el no dexarlos en la Isla y su antigua libertad, porque no volvieran á levantar otra rebelion en que se perdiera quanto las armas habian trabaxado y gastado en pacificarlos. Con estos temores el Gobernador apuraba al Presidente para que la Mision se fundara, y se les pusiera Ministro; pero representándole lo justo, no atendia razones, y solo se hacia responsable á las malas consecuencias, confesando que no era árbitro para dar las providencias que el Presidente pedia para los alimentos del Ministro, y la escolta que resguardara su persona: pero temiendo que no hiciera otra queixa como la pasada al Señor Virrey, resolvió ir él mismo á fundar y administrar la nueva Mision del Carrizal.

El dia veinte y seis de Noviembre del año de setenta y dos pasó el

P. Fr. Juan Chrisóstomo al Carrizal, sin mas provision que la necesaria para celebrar el santo Sacrificio de la Misa, ni mas compañía que la de un muchachito que se la ayudara. Ayudándole los Indios, se formó una enramada que suplira por Iglesia, y una pagiza choza por Celda. En ninguna cosa pensaron ménos los Indios que en desamparar la Isla, y los que venian de ella, solian algunos concurrir al rezo, pero con ninguna estabilidad, porque siempre andaban altaneros en busca de comistrajos, y en fuerza de sus genios ambulativos. De esto nacia el ningun fruto que el Padre experimentaba en los adultos; y se contentaba con el de uno ú otro párvulo que moria: solo las esperanzas de que en México se aprobaria todo lo executado, y le vendrian facultades al gobierno para que atendiera á la conservacion de aquella Reduccion tan importante á la Provincia, divertia las urgencias de su zelo, y lo tenian con consuelo, en medio de las crueles necesidades que estaba sufriendo, y así se lo escribió al Gobernador diciéndole: «que estaba tan contento, que solo deseaba acabar en compañía de sus Tiburones la vida.»

No tardaron estos amantes afectos en verse cumplidos á manos de aquellos infieles é ingratos: porque el dia siete de Marzo del año de setenta y tres, á los tres meses y nueve dias de haber estado con ellos, y sin mas causa que la sugestion diabólica, tres Indios le quitaron cruelmente á pedradas y palos la vida, á los quarenta y cinco años de edad, y á los quatro que trabajó con fervor y zelo por dilatar entre ellos la Fe de Jesuchristo. No fue este horroroso sacrificio atentado de toda la Nacion,

y por eso el Gobernador Indio del Pueblo, luego que lo supo, recogió el cuerpo y le dió sepultura, señalándola con una Cruz, y cubriéndola con una tienda de campaña, obrando tambien el castigo de los agresores y demas cosas, con las circunstancias que ya quedan en su lugar referidas. Quando los Indios llegaron al Presidio de Horcasitas con la noticia de la muerte del Padre, estaba agonizando el Gobernador, y se admiraron los asistentes reflexando, que el dia ántes, y de la muerte del Padre, estando á su parecer el Gobernador en su entero juicio, les habia dicho varias veces que dexaran entrar al P. Fr. Juan, que le iba á visitar y consolar; y aunque entónces pensaron que deliraba, pero con la novedad de su muerte, juzgaron que le habia visto despues de muerto: pero asi suelen alucinarse los que de todo hacen misterio, por la facilidad con que creen en sus caprichos.

Luego que se divulgó por la Provincia la violenta y cruel muerte del Padre Chrisóstomo, resonó en toda ella la buena voz que tenia en la estimacion comun, manifestada en no vulgares sentimientos y expresiones de sus virtudes: pudiendo decirse que le amaron y veneraron quantos le conocieron, y todos apreciaban su vida como exemplar, y su predicacion como apostólica, á la que no faltaba en quantas ocasiones se le ofrecian. Pero en donde estaba mas viva la eficacia con que en ella se atraia los corazones, y compungia á sus oyentes, era el Presidio y Villa de San Miguel de Horcasitas, en donde habia predicado muchas veces con gran provecho de las almas; pues á muchas que iban erradas por el descamino de sus viciosas costumbres, las hizo entrar en la via

recta de las virtudes: á otros los dirigia al cultivo de la perfeccion christiana en la oracion mental, frecuencia de Sacramentos y abandono del mundo: estimulados todos al verle en el Púlpito derramar lágrimas de dolor por las culpas con que ofendian al Señor los Christianos, y en el santo Sacrificio de la Misa que ofrecia por la redencion de las almas, y al saber muchos las sangrientas disciplinas, cilicios y mortificaciones que el Padre practicaba; pues no fueron bastantes todas sus cautelas para que la devota curiosidad no las averiguara.

Habiéndose dado cuenta de todo al Exmó. Señor Virrey, mandó que se trasladasen los huesos del Padre Chrisóstomo á la Iglesia que estuviere mas inmediata, y en ella se les diese sepultura; por lo que el Gobernador interino, acompañado del Señor Cura de la Villa de Horcasitas, pasó al Carrizal, y hallaron la que le habian dado los Indios, cubierta todavia con una tienda de campaña, y señalada con una Cruz, y excavada, se hallaron los huesos, y consumida toda la carne, pero sin olor fastidioso, ni el horror que es natural en los sepuleros: todos se pusieron en un caxon, que se conduxo al Presidio. Sabido esto por el nuevo Presidente, pasó un Oficio á los Señores Gobernador y Cura, suplicándoles permitiesen que los huesos se llevasen á la Mision de los Ures, y condescendiendo á la súplica, fueron dos Religiosos, y en ombros de los Indios trasportaron la caja á la Iglesia de la Mision. El dia siete de Octubre del año de setenta y tres, siete meses despues de su muerte, se le hicieron las exéquias por sus Hermanos, y enterraron el mismo caxon en que

estaban los huesos en la Iglesia de Ures, al lado de la Epístola del Altar mayor.

Con esta ocasion se avivaron mas los afectos y memoria de todos los Vecinos de la Villa de Horcasitas, renovando la de los buenos exemplos y santos consejos que habian visto y oído, y deseaban que se le hiciesen las honras que fuesen posibles. Para satisfacer á tan piadosos deseos, dispuso el Padre Presidente que el mes de Marzo del año de setenta y quatro se hiciera el cabo de año con la pompa posible, y concurrieron ocho Religiosos, que cantaron la Vigilia y Misa, y despues de ella predicó uno animando á los devotos á exercitar los consejos y doctrina que habian recibido del Padre, expresando con la justa y debida moderacion lo que de su vida podia incitar á la edificacion pública, y modificando la piadosa memoria con que muchos se encomendaban á la alma del Padre Chrisóstomo, y mandaban decir Misas por ella en sus ahogos y congojas.

No fuera esta piadosa memoria tan apreciable, si como el humo se deshiciere con el tiempo, pero se hizo digna de reparo, viendo que despues de nueve años de su muerte, estaba tan fresca como en los primeros dias; por lo que el Padre Presidente de las Misiones quiso se examinara su fundamento y origen de aquella buena fama. Para esto se presentó con un escrito el mes de Junio del año de ochenta y dos ante el Juez y Vicario Superintendente de la Provincia de Sonora, pidiéndole se sirviera de hacer jurídica informacion sobre la buena fama y piadosa memoria que se conservaba entre los Fieles, y especialmente en la Villa de Horcasitas, del christiano procedi-

miento y fervoroso zelo del bien de las almas del difunto Padre Fr. Juan Chrisóstomo; y para ella articuló cinco puntos, á cuyas posiciones respondieran los testigos. A este fin se publicó un monitorio en que se exhorta á todos los Fieles parezean libre y espontaneamente ante el Juez Comisionado de la causa, á decir y declarar quanto supieren en ella.

Con esta especie de formalidad se presentaron y examinaron tres testigos, que fueron de los Vecinos mas condecorados y distinguidos de la Villa, de cuyas declaraciones hechas con juramento y al tenor del interrogatorio, consta la fervorosa solicitud con que el P. Fr. Juan Chrisóstomo habia trabajado en el reforme de las costumbres de los Fieles, y en radicar la Fe entre los Indios, para lo que se habia empeñado en congregar á Mision á los Indios de la Isla del Tiburron, y sin solicitar socorros, ni resguardo de su persona, se habia ido á vivir con ellos, instruyéndolos no solo en la Fe Católica, sino tambien en el amor y comercio con los Españoles. Que viendo ya cerca de sí á los que le perseguian para matarle, les rogó le dieran un rato de tiempo, y puesto de rodillas hizo oracion al Cielo, y luego se puso en pie para que hicieran su voluntad, y la cumplieran mántandole á pedradas y á palos. Que su predicacion á los Christianos era continua, y siempre que decia Misa les exhortaba al temor y servicio de Dios. Que hasta en las conversaciones privadas era infatigable en afear los vicios, especialmente los de la murmuracion y escándalo. Que quando decia Misa se le encendia el rostro al tiempo de consagrar, y desde entónces no dexaba de derramar lágrimas hasta que comulgaba. Que era mártir en

el Confesionario, y recibia con caridad y agrado á quantos llegaban á sus pies, gastando en su consuelo todo el tiempo necesario, y sin aceptación de personas, los oía, atendia y consolaba. Que no habian oido en toda la Provincia cosa que denigrara la fama del Padre, sino muchas alabanzas, de su persona, desde la primera misión que hizo en la Villa, que fue en su primera entada, y dexó edificados á todos, como siempre que entraba en

CAPÍTULO XIII.

Muerte violenta que los Indios le dieron al P. Fr. Felipe Guillen.

Su la naturaleza toda estuviera animada, clamarian á una voz todas las criaturas por ser felices, y mas las inteligentes, pues no tienen voluntad, ni deseo que no se dirija á buscar su felicidad. Los hombres se la representan baxo de diferentes formas, imaginándola en el poder, en el deleite, descanso, dignidades y honras; pero en medio de ellas conocen que no puede ser felicidad la que en todos los estados causa una oculta íntima aflicción de espíritu que los desazona, y sin saber porqué, conturba la alma; por eso solo pueden ser felices los que van fervorosos por el camino de los divinos Mandamientos, pues solo en él se logra la dilatación del corazón, en que consiste la verdadera felicidad, que es seguir á Christo, abandonando todas las felicidades del mundo, porqué su Magestad sea conocido, adorado y servido. Ilustrado de esta verdad el P. Fr. Felipe Guillen, fue el segundo fruto del árbol de la vida, que sacrificó la suya por dilatar la Fe de Christo entre las Naciones bárbaras.

ella, con su buen exemplo y santa doctrina. Ya se vé que ni en la forma, ni en la materia, ni aunque estuviera mas circustanciada esta informacion, puede ser, ni constituir perfecta ni adecuada prueba de la fama póstuma del Padre Christótopo; pero se ha referido solo como puro admículo que indica la piadosa memoria que de él hay en toda aquella Provincia.

Fue natural del Reyno de Valencia, de un Lugar llamado Piles, y desde su edad juvenil daba evidentes pruebas de la nobleza y cristiandad de sus Padres, haciendo relucir su buena crianza en la urbanidad, moderacion y bello estilo de su trato, y brillar su educacion christiana en las buenas inclinaciones, honestidad y buen exemplo, como tambien en la habilidad de las primeras letras, y la buena forma con que escribia. Con tan sólidos principios fue consiguiente que la inclinacion de Felipe fuese al estado Religioso, no obstante que sus naturales y adquiridas prendas le podian proporcionar las conveniencias que en el mundo se llaman felicidades. Estas y las que pudiera lograr en su libertad, las renunció tomando el hábito en la Santa Provincia de Valencia, en la que profesó la Seráfica Regla, y como dotado de un hermoso aspecto, suave genio, y dócil natural, ayudado de la disciplina religiosa, que le adornaba de las virtudes, se hizo un jóven amable para todos.

Seguió la carrera de sus cursos escolásticos con particular aprovechamiento, que mereció la aprobacion de sus Maestros, y pudo en ella aspirar á la felicidad que franquean las Cátedras; pero su humilde genio, y virtuoso encogimiento, le hacia portarse como un Estudiante ordinario, y muy distante de cultivar pretensiones para sus ascensos, y esto mismo hacia mas recomendables sus estudios y talentos en los lances en que, sin prevencion, le era necesario responder á las cuestiones de Filosofia y Teología que se le proponian, ó hablar de sistemas físicos, y otras varias facultades. No carecia de modo, ni eran vulgares sus prendas, para que no pudiera apetecer la que en su santa Provincia puede llamarse felicidad religiosa, ó ya fuese para vivir con gusto y alivio, ó ya para lograr honores y aplausos; pero eran muy diversos sus designios, y aunque todas esas cosas las podia esperar, no eran esas las felicidades que anhelaba, sino la verdadera, y que constituye la vida religiosa, andando los caminos de los divinos Preceptos, para unirse en la Cruz con Christo, y dilatar su corazón en el ministerio apostólico, y promulgacion del Evangelio.

Oportunamente se le cumplieron estos santos deseos, porque el año de setecientos sesenta y nueve colectaba un Comisario del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro una Mision de quarenta Religiosos para las Misiones de la Provincia de Sonora, y yendo su Patente á la de Valencia, le pidió el P. Fr. Felipe le admitiera en el número de los Misioneros: el Comisario lo hizo no por llenar el número, sino despues de informes que le recomendaban sus bellas calidades: ni tardó

el nuevo Misionero en dar pruebas de ellas, así en la religiosidad con que se portó en el Hospicio del Puerto, como en el humilde, obediente y callado sufrimiento que tuvo en las incomodidades de la embarcacion, y penalidades de un camino tan largo como penoso.

A principios del año de setenta llegó al Colegio de la Santa Cruz, y con particular complacencia de su genio, se conformó al estilo y Constituciones de su Instituto, siguiendo exacto las asistencias y actos de Comunidad, así de dia como de noche, acomodándose gustoso al silencio y santas costumbres del Seminario. En medio del consuelo que el P. Fr. Felipe sentia en tan santos ejercicios, y en las continuas tareas del ministerio en que se ocupan los Misioneros todo el año, todavía se dilataba su corazón en la inspiracion divina que le llamaba á la conversion de los Infeles, y guiado de la Regla Seráfica, no podia ocultar las primeras intenciones que le hicieron renunciar su Patria, Parientes y religiosas comodidades, que podia gozar en su santa Provincia; y pidiendo al Prelado la licencia para ocuparse en tan santa obra, pues se hallaba llamado á ella, el Prelado le oyó gustoso, y conforme á las Bulas fue aprobado para Misionero. Pasó luego á las Misiones de Texas, y en la de nuestro Padre San Francisco estuvo mas de dos años; pero renunciando aquellas Misiones el Colegio por las muchas que tenia que administrar en las Provincias internas de la Sonora, se restituyó con los demas Misioneros al Colegio. Poco tardó en salir para las dichas Conversiones, enviándole á la que el Presidente le asignara, segun la necesidad que habia de Ministros.